

PRINCESAS DRAGÓN

La Condesa Chupasangre

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



PRINCESAS DRAGÓN

La Condesa Chupasangre

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández



PRINCESAS DRAGÓN

La Condesa Chupasangre

Pedro Mañas



Ilustraciones de Luján Fernández





*Para Teté, nuestra generosa emisaria
del Reino del Norte,
y para Marina, Nacho y Ester,
audaces exploradores de historias.*







Me llamo Koko y soy princesa de pocas palabras. Si por mí fuera, solo necesitaría siete para contarte nuestra última aventura. Mira:

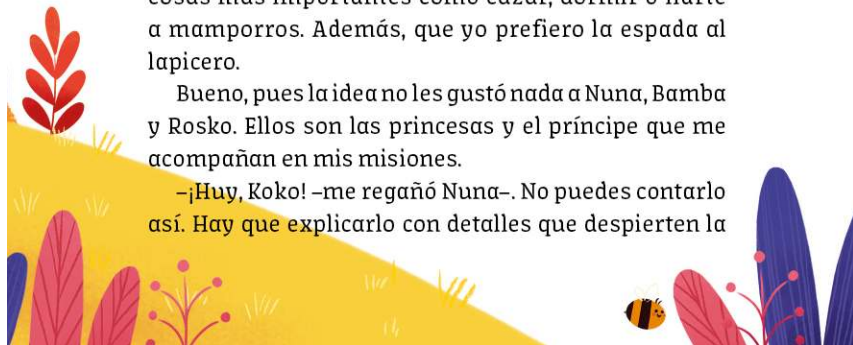
¡Cuernos, nos metimos en un lío gordísimo!

FIN

Así podrías terminar rápido este libro y dedicarte a cosas más importantes como cazar, dormir o liarte a mamporros. Además, que yo prefiero la espada al lapicero.

Bueno, pues la idea no les gustó nada a Nuna, Bamba y Rosko. Ellos son las princesas y el príncipe que me acompañan en mis misiones.

–¡Huy, Koko! –me regañó Nuna–. No puedes contarlo así. Hay que explicarlo con detalles que despierten la







imaginación. ¡Tienes que hacer volar al lector con un montón de palabras bonitas!

Qué chorrada. A mí me bastan cuatro palabras para hacer volar a cualquiera:

«Patadón-en-el-trasero».

–¡Ni siquiera me has mencionado! –protestó Bamba.

–Además –las apoyó Rosko–, ¿dónde se supone que van a ir los dibujos? Has escrito... sobre un muslo de pollo.

Bueno, es que la inspiración me llegó en el desayuno. Así, si te aburre leer la historia, puedes comértela.

Al final tuve que prometerles escribir este libro para que se callaran.

¡Por desgracia, ellos no son los únicos charlatanes! También Gumi y Migu, nuestros cachorros de dragón, se pasan el día cotorreando.

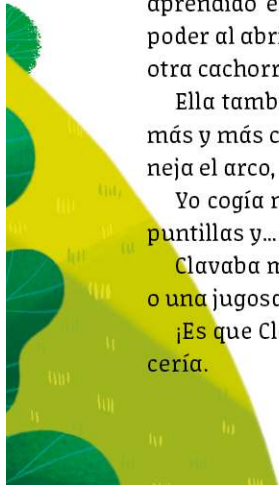
Menos mal que solo los entiende Rosko, que ha aprendido el idioma de los animales. Consiguió este poder al abrir un huevo de dragón negro, del que salió otra cachorrita llamada Cleo.

Ella también hablaba lo suyo, pero solo para pedir más y más comida. Y a mí, como soy la que mejor maneja el arco, me tocaba salir a cazar.

Yo cogía mi arco, localizaba mi presa, avanzaba de puntillas y... ¡bang!

Clavaba mi flecha sobre un buen pedazo de brócoli o una jugosa alcachofa.

¡Es que Cleo es vegetariana! Pues vaya rollo de caería.



Caminábamos todos hacia el sureste, rumbo a nuestra próxima misión.

Pero da la casualidad de que la misión también era un rollo.

Resulta que, cuando Rosko habló por primera vez con Gumi y Migu, estos le habían dicho algo importante. Y, por una vez, no era que se hacían pis.

Se trataba de su madre.

El huevo del que salieron los cachorros blancos pertenecía a una enorme dragona. Una gran bestia roja que, después de intentar matarnos, se había hecho nuestra amiga.

Ya sabes, lo típico.



La dragona sabía de la existencia de Gumi, pero no tenía ni idea de que de su huevo había salido otra cría. Y es que se había abierto en el bosque a medianoche, mientras nosotras dormíamos. Al despertar conocimos solo a Gumi, porque Migu se había perdido en la espesura. Y, claro, nunca pudo conocer a su madre.

Por eso marchábamos a su guarida, en plan visita familiar.

No es que no me alegrase por los bebés. Pero mi idea de misión no consiste precisamente en sentarme a merendar con un bicho de diez metros.

Si me das un monstruo... ¡que sea para pelearme con él!



En fin, que nuestra aventura prometía ser más aburrida que una partida de ajedrez entre troles.

¿A quién derrotaría yo con mi superfuerza mágica?

¿A quién chamuscaría Bamba con su aliento de fuego?

¿De quién huiría Nuna volando y pegando grititos ridículos?

Por suerte, al acercarnos a la torre nos topamos con lo que más le gusta a una guerrera.

¡Problemas!

